

GACETA ESPAÑOLA.

CADIZ VIERNES 3 DE OCTUBRE DE 1823.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

INGLATERRA.

Londres 21 de Agosto.

Acaba de publicarse un folleto cuyo título excita sobremanera la curiosidad, á saber: *Historia secreta del congreso de Verona &c.*

» Hemos tenido en nuestro poder por algun tiempo, dice el autor, documentos auténticos de todo lo que pasaba en Viena y Verona; y por ahora elegiremos algunos de los hechos mas curiosos é interesantes que contienen, los cuales merecen el mayor crédito porque provienen de un origen que no admite excepcion.

» Cuando M. de Montmorency llegó á Viena no tenia instrucciones precisas de su Gobierno relativamente á la España. Estas se limitaban á decirle: «oid todas las opiniones; examinad las intenciones de cada una de las partes; tratad de evadir cualquier proposicion relativa á la guerra con España; la Francia ni puede ni quiere entrar en semejante guerra; si las otras potencias desean atacar el Gobierno actual de España, ante todas cosas oponed á todo proyecto de que marchen tropas extranjeras por nuestro territorio, porque la nacion francesa se sublevará si la irritan.»

» Despues que habian ya pasado diez dias desde la llegada de M. de Montmorency á Viena, sin haberse hecho mencion de los asuntos de España, llegaron á la misma ciudad el general Don Carlos de España, que viajaba con pasaporte frances bajo el nombre de vizconde de Couserans, y el famoso Aquiles de Jouffroy. Este último habia ya conseguido, no sabemos por qué medios, participar de la confianza de M. de Montmorency. Estos dos personajes unieron sus esfuerzos para lograr una declaracion de guerra contra la España constitucional; «el primero llamando hácia sí la atencion de los Soberanos con sus antiguos servicios militares y con una fingida comision del Rey Fernando (que nunca hizo ver); y el segundo con el único auxilio de su pluma, su caracter activo, y una especie de confianza que le daba para con los potentados del Norte su zelo á favor de los *soberanos absolutos.*»

» El conde de España se presentó á todos los Monarcas, fue recibido con afabilidad, pintó la conquista de España como un golpe de mano (*coup de main*), y al ejército constitucional como un puñado de *descamisados*, sin arreglo ni consistencia alguna.

» Aseguraba por su parte el conde de Jouffroy que toda la Francia, á excepcion de los liberales, deseaba la guerra con España, y que Luis XVIII se veria precisado á declararla.»

Sin embargo, estas dos furias que atizaban la guerra no pudieron inducir al duque de Montmorency á obrar contra sus instrucciones, á pesar de la famosa nota confidencial que M. de Jouffroy le puso en las manos, y á pesar tambien de lo que trabajó cierto viajero vagamundo para persuadir al duque de que los tres gabinetes del Norte se hallaban resueltos á provocar una guerra contra España. La llegada de Mr. Chateaubriand á Verona introdujo una escision en la legacion francesa, y proporcionó á M. de Jouffroy la mejor ocasion para lograr su intento. Como temiese M. de Montmorency la llegada de aquel, el intrigante Jouffroy le indujo astutamente á extender la nota que motivó la resolucion del congreso de que se retiraran los embajadores, y produjo la guerra de España. Son bien sabidos los esfuerzos del duque de Wellington contra esta resolucion, pero fueron inútiles, porque el partido de la guerra habia ganado ya la victoria.

» Los Sres. Pozzo-di-Borgo y Tatticheff apoyaban con la mayor energia la resolucion. El primero sostenia con firmeza los principios del *ultracismo*. Se dice que una princesa rusa, que á la sazón se hallaba en Verona, contribuyó tambien á excitar las ideas caballerescas de Alejandro. Inflamaron asimismo su imaginacion unas cartas que le escribió M. de Bergasse, en las cuales ponía á su vista la suerte de todas las monarquias que tenian conexión con

la de Fernando. Estas cartas, que corrieron de mano en mano en el congreso, hicieron mucha impresion.

» En esta disposicion de cosas, M. de Chateaubriand se declaró por la guerra, y pasó á ocupar el lugar de Montmorency que habia obrado en oposicion á las instrucciones que le habian dado.

» El autor concluye su obra diciendo que la famosa nota que encendió la guerra se obtuvo del ministro frances, bajo pretextos fingidos, y solamente á solicitud de un sugeto sin caracter reconocido, á no ser que se le dé el título de embajador de M. Bergasse. Jamas se ha visto un efecto tan grande producido por una causa tan insignificante.»

Uno de los hechos que se sientan, justifica al duque de Wellington y á nuestro gabinete; pero esto lo dejamos para que los apasionados hagan el uso conveniente. Sin embargo debemos manifestar que el punto en esta cuestion está entre el duque de Wellington y nuestro Gabinete por una parte, y el duque de Montmorency y el Gabinete frances por otra. Lo que afirman los unos, lo contradicen absolutamente los otros; de modo que una persona de honor no se acomodaria en su vida privada á sufrir públicamente semejantes contradicciones, sin pedir satisfaccion del insulto.

Nuestros lectores juzgarán acerca del crédito que merece el impreso; pero les diremos que lo han dado á luz personas muy respetables, los Sres. Hurst, Robinson y compañía; y que en las aserciones se nota mucha claridad y mesura, y un conocimiento tan evidente de algunos hechos, que inspira confianza con respecto á todo lo demas que contiene. (*Morning-Chronicle.*)

NOTICIAS DE ESPAÑA.

Cádiz 2 de Octubre.

SS. MM. y AA. han salido esta tarde á las cuatro del Puerto de Santa María, y han tomado el camino de Jerez.

El 23 del pasado se anunció en Madrid por gaceta extraordinaria haberse rendido las plazas de Pamplona y Santoña y el castillo de las Peñas de San Pedro.

En toda revolucion hay y no puede dejar de haber tres partidos. Compónese el uno de los enemigos de toda reforma, ya sea por interes ya por una rancia preocupacion que hace mirar como malo todo lo que no está sancionado por el tiempo.

Forman el otro aquellos á quienes por el contrario toda reforma parece corta, y toda prudente espera culpable timidez ó criminal connivencia. A los primeros solo les parece bueno lo antiguo, para los otros es detestable cuanto no sea nuevo.

Pero está en la naturaleza del hombre que no todos seamos tan vehementes en nuestros deseos, que muchos crean á propósito transigir por de pronto con los abusos para poder despues acabar con ellos, y que á pesar de la corrupcion humana algunos, aunque pocos, prefieran el bien comun á su interes personal, y aprueben las reformas aunque sus primeros efectos redunden en su propio daño. De todos estos resulta un partido medio entre los otros dos mas numeroso, aunque menor sensible, pero que es uno de sus caracteres no hacer ruido, evitar violentas conmociones, y desear que el tránsito de un orden de cosas á otro diferente se haga sin que lo adviertan aquellos que podrian oponerse.

En nuestra revolucion hemos visto claramente designados los tres partidos de que acabamos de hablar, y muy desde el principio se han dividido los españoles en *serotinos, exaltados y moderados.*

Podrá decirse que los segundos y los terceros no formaban un partido diferente, y que toda la diferencia que se notaba entre ellos, consistía solo en la mayor ó menor vehemencia de sus de-

secos, y en la mayor ó menor energía con que los expresaban; pero admitiendo esta distincion diremos que no son estos los moderados de que debemos hablar, sino de aquellos cuya moderacion no solamente consistia en la material expresion de sus sentimientos, sino tambien en desear un grado mayor ó menor de libertad.

Es sin embargo una consecuencia necesaria del caracter propio de estas dos clases de moderados que unos y otros deben ponerse muy pronto de acuerdo cuando en las revoluciones se trate de emplear medios violentos para conseguir su objeto, pues es propio de la moderacion no exponerse á males inevitables por obtener bienes inciertos y contentarse con lo bueno cuando se ve que lo mejor es inasequible.

El partido moderado es en toda revolucion el mas expuesto, porque debe ser igualmente el blanco del odio y de la persecucion de los dos partidos extremos: los liberales exaltados deben mirar como serviles á todos los que le siguen, y los serviles deben perseguirlos como á revolucionarios, porque su sistema no coadyuva al logro de las miras de los unos ni de los otros. La tolerancia es el caracter de todo partido moderado, al paso que la intolerancia lo es de todos los partidos extremos. Hablando en lenguaje de las revoluciones puede decirse que en todas ellas no hay más que moderados y jacobinos; y con tanta razon deben contarse en esta última clase Robespierre y sus cómplices como nuestros soldados de la fe.

Segun van prolongándose las revoluciones van disminuyéndose los partidos, y con sus deserciones va engrosándose el de los moderados, porque todo hombre de buena fe y que no tenga el corazon enteramente depravado se horroriza al ver los males á que ha contribuido, y se agrega á aquellos que desean la paz como término de las calamidades públicas y la union de todos, como único medio para salvar el Estado de su total ruina.

Así es que el partido de la moderacion es el que termina siempre las revoluciones, y aquellos á quienes elige la Providencia para que hagan este importante servicio á la humanidad, sino quieren faltar á su noble destino, deben colocarse á su frente seguros de que con este auxilio conseguirán infaliblemente su objeto. Su influjo aumentará considerablemente el partido de los hombres de bien y enemigos de los desórdenes, desaparecerán bien pronto los partidos extremados, y si algunos de sus secuaces por terquedad ó por otros motivos conservan todavía por algun tiempo una actitud hostil, serán impotentes todos sus esfuerzos, porque serán contrariados por la masa entera de la Nacion, que no puede desear otra cosa que la tranquilidad y la quietud aseguradas por leyes sabias y justas.

Es muy obvia la aplicacion de la doctrina que acabamos de establecer á las circunstancias en que nos hallamos, y nos abstenemos de hacerla citando ejemplos, cuya memoria está muy reciente, porque nuestro objeto es y ha sido siempre calmar las pasiones y no irritarlas, y procurar la union y no fomentar la discordia. En una palabra, hemos sido siempre moderados aun en nuestros descos, y vemos con satisfaccion que cuantos hombres valen y pueden algo en España van agregándose á nuestro partido.

Un escritor frances, cuyo nombre no tenemos presente, hace una especie de apología de la inquisicion de España, atribuyéndole el mérito de haber evitado en este reino la guerra civil, que hubiera sido consecuente á la introduccion de la heregia como supone que lo fue en Francia.

A esto se podrá replicar primeramente que es un problema imposible de resolver si hubiera habido ó no guerra civil en España por causa de las doctrinas de Lutero y de Calvino en el caso de que se hubiesen propagado como en otros países, porque solo Dios puede saber este arcano. Tampoco es una verdad demostrada que la guerra civil en Francia hubiese debido su origen á la introduccion de la heregia, porque las causas políticas estaban preparadas de manera (como sabe todo el que no ignora absolutamente la historia de aquel reino), que casi era moralmente imposible la conservacion de la paz interior en medio de tantos elementos de discordia.

La religion fue un pretexto; pero la ambicion de los próceres que rodeaban el trono frances, ocupado por un príncipe débil, fue el verdadero motivo de la guerra civil espantosa que asoló por espacio de muchos años á la Francia. La ambicion habia sido en una época anterior el origen de otras guerras domésticas no menos sangrientas, por ejemplo la de los Borgoñones y Armagnacs, y la ambicion fue la causa de la guerra llamada de la Fronde. Tambien supone el escritor frances que la inquisicion hubiera hecho en Francia un mal infinitamente menor que los

estragos del calvinismo; y este pasage se cita con mucha valentía en la absurda representacion dirigida á la Regencia por el ayuntamiento y cura parroquial de Villacastin pidiendo inquisicion y Rey absoluto. No disputaremos ahora si es mas horroroso ó no una guerra civil, sostenida con el ánimo acalorado por las pasiones, que el espectáculo visto á sangre fria de las hogueras de la inquisicion, en donde perecian cruelísimamente tantas y tan ilustres víctimas. Tampoco disputaremos si un campo de batalla presenta mas ó menos escenas melancólicas que las espantosas mansiones de las cárceles inquisitoriales, y si los gritos de los que pelean y los lamentos de los que mueren hacen ó no una impresion mas dolorosa en el ánimo que el llanto y los gemidos de los sentenciados á morir en el mas atroz de los suplicios; lo que si diremos, apoyados en el testimonio eterno de la historia, es que esas guerras civiles que causaron tantos males á la Francia prepararon el reinado glorioso de Enrique IV, la preponderancia de aquella monarquía en el reinado de Luis XIII, y su inmenso poder y estado florésciente en el de Luis XIV.

¡Cuán diversa fue la suerte de la infeliz España! La inquisicion exterminó y arruinó centenares de millares de familias útiles al Estado, y preparó de este modo su decadencia y su pobreza. Los reinados de Felipe IV y de Carlos II en que esta vasta monarquía sufrió tantas pérdidas y padeció tantas calamidades son un testimonio tan triste como auténtico de esta verdad.

La guerra civil es un mal pasajero como las tempestades, pero en medio de sus estragos produce el germen de la prosperidad de las naciones, porque da ocasion al desarrollo de grandes talentos, porque lleva en sí un principio de vitalidad, y porque da energía á todos los caracteres. No queremos decir por esto que no sea un gran mal; pero si afirmáremos que es menos funesta que un instituto que atando con indisolubles ligaduras el entendimiento humano, degrada al hombre en la parte mas noble.

La inquisicion, perseguidora por esencia, y enemiga de las luces, extinguió en España hasta el deseo remoto de saber por qué bajo sus espantosos auspicios no podia haber seguridad para ningun hombre cuyos conocimientos saliesen de la esfera vulgar. Los amantes de las ciencias atemorizados con el terror de los suplicios desaparecieron ó sofocaron dentro de sus pechos su generosa inclinacion, y la ignorancia triunfante extendió su tenebroso velo por todas las clases del Estado. Así se fue preparando poco á poco la degradacion del caracter español, de lo cual se vieron harto lastimosas pruebas en los reinados calamitosos que acabamos de citar, y especialmente en el de Carlos II, último Rey austriaco. Nuestra Nacion, tan distinguida en otro tiempo por su genio atrevido y emprendedor, y que habia enriquecido al género humano con el descubrimiento de un nuevo mundo, se manifestó entonces tan abatida, tan pobre, tan inerte, tan incapaz de grandes cosas, tan destituida de patriotismo, de valor militar, de industria, de artes, de conocimientos científicos, en fin de todo medio de prosperidad, que acaso no habrá ejemplar en el mundo de semejante decadencia, á no ser en alguna nacion conquistada por un pueblo bárbaro. Se nos dirá por los apologistas de la inquisicion que el estado político de esta monarquía nada tenia que ver con un establecimiento dirigido á conservar la religion y á atajar los progresos de la heregia; pero cualquiera que examine con imparcialidad el origen de nuestra ruina y las causas morales que influyeron en ella, se convencerá fácilmente que la existencia de una institucion que comprimía de un modo tan terrible la facultad de pensar, debió contribuir poderosamente al estado de inercia en que cayó esta monarquía vigorosa, pues cuando las demas naciones se ilustraban, y hacian rápidos progresos hacia su bien estar, los españoles aterrados por la inquisicion, y petrificados como si tuvieran delante la cabeza de Medusa, no pudieron dar un paso dirigido á mejorar su suerte, porque tenian tantos escollos en que tropezar, que era imposible dejar de perecer en la empresa. La mejor prueba de esta verdad es la historia misma de los actos de este tribunal, que solo pudo sancionar un siglo fanático. Si el autor frances los hubiera leído y meditado despacio, acaso no le hubieran parecido menos horrorosos que los furtores de la guerra civil. Plegue al cielo que la España se vea libre para siempre de uno y otro azote, y que al odio de la discordia y al terror de la persecucion suceda una tolerancia racional y una paz eterna que haga feliz á esta Nacion tan digna de serlo.

AYUNTAMIENTO.

El Sr. general en jefe del ejército de reserva con fecha de

hoy ha dirigido al Excmo. ayuntamiento constitucional de esta ciudad el oficio siguiente:

«Excmo. Sr.: Para conocimiento y gobierno de V. E. debo manifestarle, que he dado orden para permitir el tráfico con todos los pueblos de las inmediaciones á todas las personas de ambos sexos que no sean militares, debiendo mantenerse estos y todos los puestos de la línea en el estado en que se hallan hasta que S. M. se sirva dar sus órdenes.»

Y por acuerdo del Excmo. ayuntamiento se hace saber al público para su inteligencia. Cádiz. 1.º de Octubre de 1823, año 4.º de la restauracion de la libertad de las Españas. = Cipriano Gonzalez Espinosa, secretario.

VARIETADES.

Pintura de los reinados de Enrique III y de Enrique IV de Francia hasta el edicto de Nantes y paz de Vervins, sacada de la historia general de esta nacion por Mr. Dufau.

—Traduccion.

Seria de desear que siempre pudiese estudiarse la historia en fuentes tan puras como las que ha disfrutado Mr. Dufau para referirnos los grandes sucesos ocurridos en los reinados de Enrique III y Enrique IV. Este escritor ha empleado la crítica mas severa y mas luminosa en la relacion de las guerras civiles, de las cuales ha sido constantemente la causa ó el pretexto la religion, y las cuales despedazaron la Francia desde el reinado de Francisco I hasta el edicto de Nantes y paz de Vervins. Los hechos que refiere son siempre verdaderos; las circunstancias que los acompañan siempre exactas; sus observaciones profundas; sus reflexiones justas, y sus juicios seguros. El autor no deja de ser siempre el órgano de una religion pura, y de dar lecciones de una suave filosofía, no admitiendo otra política que la que está siempre en armonia con los intereses del pueblo y de los Reyes. Jamas se manifiesta inferior al asunto de que trata; y atrae al lector, no menos con la fuerza del pensamiento que con la energía de la expresion.

El reinado de Enrique III no presenta mas que una serie obscura de desórdenes, de crímenes y de asesinatos; y la pluma se niega á poner en claro tan sombrías atrocidades. Al subir al trono ensangrentado de Carlos IX no manifestó el hijo segundo de Catalina de Medicis, ni el talento conveniente para reunir las facciones, ni la energía necesaria para comprimirlas ó destruirlas. No supo mas que ceder á la voluntad decidida é impetuosa del príncipe de Lorena, el cual mostró mayor atrevimiento á proporcion que de dia en dia mostraba el Monarca mayor debilidad, hasta la catástrofe que acabó sucesivamente con la vida de los dos.

Enrique, entregado á sus cortesanos, debilitado por los vicios, algunas veces cubierto con el sayal de la penitencia, y acogíendose á los altares por efecto de un arrepentimiento hipócrita, jamas supo sostener con su poder á un partido que peleaba, no solamente por la fe, sino tambien por el trono y por el derecho hereditario de la corona, amenazado por una familia ambiciosa á quien ayudaba un pueblo fanático; y haciendo uso siempre de una voluntad impotente que multiplica las dificultades, en lugar de la verdadera energía que las supera, el sucesor de Carlos IX se mostró digno de su modelo, é hizo ver que la tiranía es casi siempre compañera de la debilidad sentida en el trono.

La prodigalidad del Rey hacia necesarios continuamente nuevos impuestos que excitaban el pueblo á la rebelion; y entonces procuraba acallar sus quejas, ya presentándose con una escolta amenazadora, y ya procurando adquirir una popularidad que solo es conveniente á los príncipes buenos. Asi es que luego que pareció el manifiesto de la Liga, todos aquellos que hasta entonces se habian mostrado indecisos, desampararon la causa del trono mirándole ya trastornado. En vano se lisonjeaba Enrique de mantener su autoridad entre los dos partidos que despedazaban su reino; y en vano alimentaba la esperanza de destruirlos al uno por medio del otro. «Siguiendo esta ruta (dice M. Dufau) es como se pierde un Gobierno débil; cada partido adquiere entonces de dia en dia mayores fuerzas á costa del poder, que bien pronto se desploma para no dejar tras de sí mas que la anarquía.

La fermentacion llegó bien pronto á su colmo; y nada detuvo ya al duque de Guisa, quien se atrevió á atacar á Enrique dentro de los muros de Paris. En el famoso dia de las *barrieras* arrojó de allí al débil Monarca, que tuvo que refugiarse á Chartres, en donde concluyó el Rey un tratado con la liga, pero no era mas que un simulacro de paz. La muerte de los cabezas de esta gran conspiracion estaba decretada; pero Enrique no se atrevió á señalar tribunal que los condenase, y se valió de asesi-

nos. En los estados de Blois fue en donde los satélites del tirano dieron una muerte cruel al duque de Guisa y al cardinal. La fria atrocidad con que se cometió este último crimen, dispone el ánimo (dice el autor de esta historia) para mirar como una justa recompensa de la equidad divina el atentado que se cometió, un año despues, en la persona misma del Rey. Catalina de Medicis no sobrevivió mucho tiempo á los *dogefes* de la liga: «al descender al sepulcro (añade M. Dufau) debió previr que el nombre de Valois se extinguiría cubierto de oprobio, el cual en gran parte debía recaer en ella misma.»

Una sublevacion general se manifestó sin embargo en todas las provincias; y un vasto campo de combates, de expoliaciones y de crímenes se abrió en toda la Francia. Los magistrados fueron arrojados de sus sillas, los sacerdotes degollados, los templos destruidos, el comercio aniquilado, todas las leyes violadas; y no se vieron por todas partes mas que los horrores de la intolerancia religiosa y política, hasta el fatal momento en que el fanatismo, valiéndose de la mano sacrílega del infame Santiago Clemente, clavó el puñal sagrado de la religion en el sero del desgraciado Monarca. Tenemos necesidad de algun sosiego despues de haber referido tantos crímenes y tantas atrocidades, y se experimenta algun alivio al saber que el moribundo Monarca ha nombrado por su sucesor á Enrique de Borbon.

En el infeliz reinado de Enrique III, los diferentes cuerpos del Estado padecieron algunas modificaciones. La grandeza decayó de su primitivo esplendor: la nobleza, valiéndose de su influjo, hizo revivir todos los abusos del régimen feudal; el parlamento de Paris en medio de las turbulencias civiles adquirió un poder, al que nunca se habia atrevido á aspirar; la justicia se convirtió en un verdadero tráfico, y se vendió con una escandalosa desvergüenza; el erario fue presa de la codicia de los mercaderes que la Italia vomitó sobre el suelo de la Francia; las costumbres nacionales llegaron al último grado de corrupcion: los italianos, viles instrumentos de una muchedumbre de maquinaciones y de crímenes introdujeron la magia en Francia, llegando á ser esta novedad una locura general, contra la cual debian levantarse bien pronto los cadalsos, y encenderse las hogueras inquisitoriales. Cada página de los anales de este malhadado tiempo presenta escenas que estremecen.

Sin embargo, los desastres públicos que diariamente aumentaban el número de las víctimas, no impidieron á Enrique el pensar en el fausto del trono; y para ello instituyó la orden del Espíritu Santo: creó el empleo de gran maestro de ceremonias, nombró 24 gentileshombres ordinarios de su cámara, y muchos otros empleados; y en medio de tantos establecimientos, dictados por el orgullo, fundó la orden mas útil de los hermanos de la Caridad.

Las mudanzas en los trages fueron mas notables. La gorra italiana ocupó el lugar del sombrero de Francisco I: se dejó crecer la barba; las mugeres usaban el tontillo, y llevaban máscara aun por la ciudad. En tiempo de Enrique III fue cuando se introdujo en la Corte el uso del sillón para el Rey, y de sillas de tijera para la servidumbre. Se cree que en esta época se inventaron los abanicos.

En este reinado Gregorio XIII hizo célebres su nombre y su pontificado con la reforma del calendario; pero su delirio fanático y su caracter débil y pusilánime no han podido ocultarse á la severidad de la historia. La proteccion ilustrada que Francisco I habia dispensado á las letras continuó en medio de las discordias civiles. Ronsard hizo malos versos, pero ni aun le igualaron sus imitadores; Jodelle creó la tragedia y la comedia; Garnier comenzó á poner orden en la escena, y en esta época los cómicos italianos se domiciliaron en el reino. Enrique III amó á los sabios y á los hombres de letras, y concedió su favor á los que mas se distinguieron. En su reinado se publicaron muchas obras notables; entonces salieron á luz los *Ensayos de Montaña*, y este primer monumento del ingenio fue el dichoso presagio de la gloria literaria de la Francia.

Hasta ahora solo hemos tenido que delinear defectos ó crímenes; pero en fin se presenta en la escena un grande hombre para consolar á la tierra, y para cerrar este vasto campo de calamidades. «La Francia, hecha presa de todas las plagas de la guerra civil (dice M. Dufau), goza en fin de una paz cuya memoria casi se habia borrado en medio de tantas turbaciones. El valor, la bondad y el talento se hallan reunidos por un raro y precioso beneficio de la Providencia en un mismo hombre; se extinguen las disensiones religiosas, y los extranjeros tienen que abandonar el terreno que durante treinta años inundaron de sangre. La Fran-

cia rica, dichosa y fuerte, vuelve á ocupar el primer lugar entre las potencias de Europa; y la España descende del en que la habian colocado el genio de Carlos v, el oro de Felipe II, y los yerros cometidos por los Valois. Tal es el cuadro que presenta el hermoso reinado de Enrique IV, el cual se compone de dos partes distintas, excitando el mayor interes tanto la una como la otra. La primera nos representa á este príncipe arrancando, por decirlo así, palmo á palmo á la liga, y á los extranjeros su malhadado reino; y en la segunda se refieren sus tareas, sus desvelos y sus esfuerzos para borrar hasta los vestigios de los males públicos. El reinado de un príncipe que consagró todos los instantes de su vida en beneficio de su país, y cuyas menores acciones son otros tantos títulos de gloria para la Nación que le dió el ser, no pide mas que colores sencillos y naturales, desechando todo fausto en las expresiones. Unicamente se desea ver al hombre, y no el arte del escritor; y tan solo se trata de dar á conocer una alma grande, consistiendo casi todo el arte en conocerla uno mismo."

Nadie puede explicarse con mayor nobleza, y el tributo que ofrece M. Dufau al mejor de los Monarcas es tanto mas puro y mas tierno á proporcion que es el de todos los corazones; que el Príncipe á quien se dirige vivirá eternamente en la memoria de los franceses; y que la Europa entera no dejará de presentarle como modelo á los Reyes que quieran hacer dichosos á sus pueblos.

Las montañas del Bearne habian visto crecer y robustecerse á Enrique de Borbon en la corte de Juana de Albrét; instruido el joven príncipe en el arte de la guerra por el virtuoso y hábil Coligni, le habia sucedido en el mando despues de la matanza del día de S. Bartolomé, vengando á los calvinistas en las llanuras de Coutras. Por toda la Francia resonaba la nombradía de sus virtudes y el eco de sus hazañas. Se habia reunido en fin á Enrique III para abrirle las puertas de una ciudad rebelde, restituirle la autoridad, y restablecerle en todo su poderío, cuando el atentado de Santiago Clemente abrió un nuevo campo á su afortunado atrevimiento, y le impuso otras obligaciones variando su destino. No se trataba ya de pelear para conservar el cetro en las manos de los Valois; era necesario volver á subir á su propio solio, y reconquistar casi enteramente todo el reino.

Estos pormenores los escribe M. Dufau con aquel talento que caracteriza al verdadero historiador. En este punto, como en todo el curso de su excelente obra, camina el autor al resplandor de la antorcha de la critica mas ilustrada. Bebe en todas las fuentes, pero separa con arte los prestigios del error ó de las pasiones; no le detienen de modo alguno las dificultades, pero marcha á pasos lentos por caminos llenos de tropiezos; y emplea el examen mas severo en la discusion de los hechos que el tiempo ó la mala fe habrian podido alterar ó desnaturalizar. Pone á la vista de los lectores al Rey, llegando á las manos con Mayena; hace un paralelo admirable entre el monarca frances y el gefe de la liga, y pinta con fuerza los desórdenes del reino, los excesos cometidos por el fanatismo de la corte de Roma, la cual coloca en el número de los mártires al asesino de Enrique III; la elevacion al trono del cardenal de Bordon, cuya usurpacion sanciona el Papa; la desercion de gran parte de los mas fieles súbditos del príncipe legitimo; la derrota de Mayenna en Arques; al buen Enrique cubierto de gloria, triunfante de sus enemigos y atrayendo hácia sí los corazones extraviados, pero no corrompidos; y por fin, la famosa batalla de Yvry, en que destrozados los de la liga, se vieron obligados á huir y á dejar, se puede decir, en manos del vencedor la ciudad de Paris.

Por la obra misma es por donde debe formarse una idea arreglada de la situacion de esta desdichada capital en el punto en que se vió entregada á todos los tormentos de la mas horrorosa hambre, á cuyo cúmulo de males no prestaban remedio alguno ni las procesiones de la liga, ni las sediciones continuamente renacientes, ni las conferencias siempre inútiles. Las yerbas que producian las calles desiertas, los animales mas repugnantes, los huesos humanos hechos harina, no servian sino para prolongar la agonía de sus desdichados habitantes. Toda la poblacion iba á perecer si el Rey mas conmovido de su miseria que irritado de su ingratitud no hubiese salvado á este pueblo de su propio furor haciendo distribuir víveres en una ciudad que con tanta obstinacion se negaba á abrirle las puertas.

El duque de Parma al frente de un ejército español llegó sin embargo á socorrer á Paris, y obligó al Rey á levantar el sitio.

¿Cuál era entonces la situacion de la Francia? La guerra extendia sus extragos por todas las provincias; el Rey oía sonar á la vez los murmullos de su ejército y los rayos del Vaticano; los pueblos volvia con lentitud á someterse á su autoridad, y el erario estaba exausto. Era necesaria toda la grandeza de alma de Enrique IV para luchar con tantos obstáculos. La liga no estaba en mejor situacion; el despotismo de los diez y seis habia conmovido todos los ánimos, y la bondad del Rey habia aptado todas las voluntades; el Parlamento no queria ver en el trono ni á Mayenna ni á la Infanta de España, cuando la batalla de Aumala mudó la faz de los negocios. El Rey salió de ella herido, pero consiguió una victoria que no debió menos á su intrepidez y á su imprudente, pero afortunado atrevimiento, que á sus hábiles disposiciones y á su talento. Desde entonces los votos de todos se dirigieron á la paz; y la hacian desear con mas ansia aun, la ambicion de las potencias aliadas, y las miras secretas de la Inglaterra y de la Alemania.

El autor expone con tanta claridad como exactitud lo que hicieron el duque de Mayenna, la España y Roma para retrasar la conclusion de una paz tan deseada; y con la misma imparcialidad juzga de las intenciones del Monarca, cuando su abjuracion reunió al rededor del trono á la mayor parte de sus enemigos. M. Dufau es de parecer que este grande acto del mejor de los Reyes fué efecto de su propio convencimiento mas aun que de su amor al pueblo. No pueden pintarse con mas calor y sensibilidad el furor de los de la liga y la alegría pública, luego que se supo que el Rey habia entrado en el gremio de la Iglesia, y que el interes y la obligacion llamaban á todos los franceses á ponerse bajo sus banderas.

El autor pinta con los colores mas patéticos la entrada de Enrique IV en Paris; la viva conmocion que entonces experimentó; el perdon generoso que concedió á sus enemigos, y que fue mas efecto de su buen corazon que de su política; el enagenamiento de un pueblo entero, y la confianza que desde el momento mismo principió á reinar entre los vecinos y el ejército; y esta parte de su obra se lee toda con un interes que continuamente va en aumento. ¿Cuántos lamentos arranca el ver obscurecido este tierno cuadro con los atentados de Barriere y de Juan Châtel, á quien los enemigos eternos de los Reyes, los jesuitas, armaron contra el mejor de los príncipes con el puñal parricida! A consecuencia de estas tentativas contra la persona del Monarca, fueron desterrados del reino los jesuitas. Este instituto, que tan rápidamente y con tanta maña como constancia, se elevó contra los gobiernos y los pueblos por medio de sus tesoros, de su poderío, de sus fatigas en la carrera apostólica, y de sus distinguidos talentos en las ciencias y en las letras, reunia los caracteres de una civilizacion, adelantada en grado eminente (dice el historiador), y parecia haber sido creado para poner límites al arroyo de la investigacion humana, y á los progresos de las luces.

No bastaba á Mayenna y á los fogosos partidarios de la liga, que el Rey hubiese entrado en el gremio de la Iglesia, era necesario aun que le absolviese el sumo Pontífice, y la negativa en que este persistia constantemente, servia de pretexto para la continuacion de la guerra y para las tentativas mas criminales. Por fin, el Papa absolvió á Enrique IV de las censuras eclesiásticas; y seis meses despues de este acto, se sometió el duque de Mayenna, incluyendo en su tratado á todos los que habian tomado las armas contra el Rey. Asi acaba aquella grande y desdichada época de nuestra historia, aquel largo periodo de calamidades públicas, durante el cual los ministros de un Dios de paz violaron todos los principios de la justicia y de la moral; las pasiones populares ocuparon el lugar del orden establecido; el cuchillo sagrado de la religion estuvo amenazando por espacio de 30 años el pecho de las mugeres, de los niños y de los viejos; y no se conoció otra política que la perfidia y los suplicios.

La prudencia, la bondad, la constancia y el talento de Enrique IV pusieron un término á las desgracias de la Francia. El edicto de Nantes reunió todos los partidos; los franceses supieron que podian adorar á Dios de un modo diferente, sin dejar de ser hijos de la misma patria; y la paz de Vervins les restituyó entre las naciones el lugar preeminente de que les habia privado la conspiracion de Amboisa. Aqui principia el hermoso reinado del mas grande de los Reyes de Francia; y en este momento se dió á conocer el inmortal ministro, que debe participar de su gloria, como participó de sus peligros y fatigas.